

STEPHEN GILMAN. *La novela según Cervantes*. México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1993; 202 pp. (Lengua y Estudios Literarios).

El profesor Stephen Gilman culminó una vida dedicada a los estudios hispanistas con un libro sobre la novela de tradición cervantina cuya primera edición, póstuma, apareció en 1989 (*The Novel According to Cervantes*, University of California Press, Berkeley, California). En él ejerce con madurez ese oficio de filólogo que tan prominentes frutos ha dado para la literatura de nuestra lengua; en particular para la obra de Fernando de Rojas.

La novela según Cervantes no está, dice su autor, dirigida a los cervantistas sino a los comparatistas y a los teóricos de la literatura. Su objetivo es revisar un fenómeno capital en la historia de occidente: el nacimiento de la novela. No se trata de defender lo indefendible –la autonomía de los géneros–, sí de explicar por qué *El Quijote* tiene una rica y variada descendencia.

En la primera parte de su libro, “Definición”, Gilman hace énfasis en “la manera en que las novelas necesitan ser leídas” y en cómo una serie heterogénea de libros han sido leídos, “en alguna ocasión, por lectores acostumbrados a la sumisión y al enriquecimiento novelesco” (p. 11).

Verdaderas cuestiones de fondo que apuntan al problema de la ficción desde un ángulo inusual. No interesa si *El Quijote* es obra de ficción; mucho menos de qué tipo. Interesa, como se desprende de la segunda parte, “El Nacimiento”, la ficción como tema del libro, porque en él desfilan las distintas modalidades de escritura ficcional conocidas. Entonces, en palabras del autor, “No es la prosa de ficción la que encuentra su modelo en ese relato excéntrico, sino, más bien, la interpretación sutil de la ficción” (p. 12). Subraya así el carácter precursor de Cervantes que, en un entorno acostumbrado a las narrativas caballerescas, sentimental y picaresca, señala un nuevo rumbo a la vez que abre un espacio de reflexión sobre la literatura.

Reunir lo existente guiado de una conciencia crítica que dote al resultado de un sentido, era algo ya visto en el anónimo autor del *Lazarillo de Tormes*. Acompañar ese resultado de un juicio lúcido sobre la literatura que se estaba produciendo y ser capaz de avizorar el desarrollo futuro de un género sí era nuevo; y es, aún hoy, cosa singular.

La tercera parte del libro, “Invención”, nos muestra qué novela surge de semejante plan y qué tiene de nuevo o especial. Gilman se pregunta, a des-

pecho de las teorías de la recepción, ¿qué efecto producen las novelas sobre sus lectores?, y, con mayor resolución, ¿cómo logran las novelas producir ese efecto? Las respuestas para esas preguntas deben desprenderse de la lectura de *El Quijote*. Lo que ocurre, efectivamente. Acude Gilman, sobre todo, al juicio de los lectores de Cervantes. De entre ellos destaca el juvenil reclamo de Ortega y Gasset por un libro que diera cuenta de la “huella cervantina” presente en toda novela.

La vía para alcanzar ese conocimiento la abre uno de los más aprovechados lectores de Cervantes: Stendhal. A él justamente corresponde la invención de dos símiles con la virtud de explicar la magia que operan las novelas sobre sus lectores. El primero de ellos nos dice que una novela es como el espejo que el autor lleva a lo largo de un camino. (A diferencia de los realistas y naturalistas del s. XIX, Gilman subraya el camino y no el espejo; resalta así la libertad creadora del autor). La figura del lector debe compensar ese rol dominante de portador del espejo. Encontramos esto en el segundo símil: la novela es como el arco de un violín; la caja del instrumento que produce los sonidos es el alma del lector. Es particularmente sugerente la imagen del lector que, como caja del instrumento, es *interpretado* por el autor. El resultado de esta magia propiciatoria es un “discurso silente” —la voz interior que aflora de la lectura silenciosa—; es decir, la razón misma por la que una novela es seductora.

El origen de la novela moderna —que Gilman sitúa en el proceso de redacción de la primera parte de *El Quijote*— surge a la vez como “consecuencia de una invención intencional de orden narrativo” y como “descubrimiento de capacidades de la ficción impresa hasta entonces desconocidas” (p. 12). La novela, sin embargo, no es un objeto extraño para el siglo XVI. Las novelas de aventuras tienen una larga tradición que se remonta a la antigüedad clásica. ¿Cuál es, entonces, la novedad cervantina? Es fundamental para Gilman la distinción entre aventura y experiencia. Al oponer estos dos términos quiere distinguir lo ocasional y pasajero (aventura) de lo que es proceso moldeador de una conciencia (experiencia). El segundo término nos revela al tiempo y a la vida compenetrados (“la temporalidad de la conciencia”). Cuando un personaje es consciente del transcurso del tiempo y de que ese devenir afecta su individualidad, nace la novela moderna.

El mérito de Cervantes es precisamente no ser un “promotor de aventuras”, sino un creador capaz de buscar y entretener argumentos. Por eso se compara él mismo con Ariosto y se llama *inventor*. Es el término que la

retórica de tradición ciceroniana ha reservado para los creadores. Un teórico de la literatura, López Pinciano, también del s. XVI y con el que Cervantes guarda no pocas afinidades, dijo: “Es mi parecer que el poeta debe ser nuevo y raro en la invención” (p. 86).

¿Qué entender por *invención*? Para Gilman sólo es posible responder a esa pregunta si volvemos atrás en el tiempo y oponemos a este término otro: ingenio. Más familiar este último puesto que lo recordamos de *El ingenioso hidalgo*... En época de Cervantes, por *ingenio* se entendía “Facultad o potencia en el hombre, con que sutilmente discurre o inventa trazas, modos, máquinas y artificios, o razones y argumentos, o percibe y aprehende fácilmente las ciencias” (Diccionario de Autoridades). De otro lado, *inventor* representaba a “El primero que halla, inventa o discurre algún arte, ciencia, máquina o secreto” (Diccionario de Autoridades). Gilman llama la atención sobre la naturaleza racional de la invención, en la que descansa el mérito de todo autor. Si al protagonista de la novela se le llama *ingenioso hidalgo* es porque, “tiene un don natural y espontáneo para inventar cosas; y por extensión, para la falsedad” (p. 106). Cervantes, en cambio, es “raro inventor” (como se llama a sí mismo hasta por dos veces en el primer capítulo de *El Viaje del Parnaso*) porque sabe bien que su tarea como escritor ha sido darle forma, con el entendimiento, a la desenfrenada imaginación de su criatura.

En la cuarta y última parte del libro, “Descubrimiento”, se concilia este hallazgo formal con la intención, crucial para Cervantes, de crear una ficción comprometida con “el valor de la verosimilitud y el deleite de la armonía y la proporción” (p. 152); en ella el *ingenio* debe guiar la *invención*. Esta oposición es, entonces, provechosa porque apunta al meollo mismo del ensayo: hay dos formas de leer *El Quijote*; como Alonso Quijano, que no se da cuenta y cree tener entre manos a un nuevo hijo de *Amadís*, o como Miguel de Cervantes, que enfrenta una nueva experiencia: la novela moderna.

José Luis Gastañaga Ponce de León
Pontificia Universidad Católica del Perú